

Sobre la sucesión de parteceras

Basco 2
el viejo y los jiracarriles

Pedrito
Algo sobre la naturaleza de los seres

Cristobal Miranda

Una guitarra / guitarra

Mi música es / de la parte

la fábrica

Trompik

el crucifijo

Maiz violeta

los oídos de Dios

Mi hijo santería

Jesús

Kayka 72

la columna

A la sombra de la u. en gler

El rescate

folon verde

el estudio de c

el monstruo

el otro tab del mar

etcétera

INDICE

Tía Lila.....
María Violín.....
Desde los parques.....
Relato del halcón verde
y la flauta maravillosa.....
Golondrinas.....
Exilio cortado de raíz.....
Tiermusik.....
La alegría del cazador.....
En la atmósfera.....
Al otro lado del mar.....

Daniel Moyano

El cuento que se contó solo



Hace más de un año, cuando entrevisté en Madrid a Daniel Moyano (ver **Puro Cuento** N°9), el gran escritor riojano me entregó dos textos: el estupendo "La tía Lilia", que publicamos en aquella edición, y un cuento para niños que —explicó como al pasar— había escrito por esos días a pedido de un sobrinito suyo que, en la lejana Argentina, solía preguntar por su tío Daniel. Ese era, aseguró, el primer cuento de temática infantil que escribió en su vida. Nos complace publicarlo ahora, porque está inédito y porque lleva el sello del talento del maestro Daniel Moyano. (M.G.)

Cuando Blanca, que es mi hermana y vive en Argentina, vino a visitarme a Madrid, me dijo:

—Dice Andrés que no te olvides de escribir el cuento que le prometiste, que se lo envíes conmigo cuando vuelva.

Ella regresaba al día siguiente, y yo todavía no lo había escrito. Es decir, no sabía por dónde empezar. Los cuentos son cuestionados de palabras, y están desparramados o disimulados, sin ningún orden, en el abecedario, esperando que alguien los ordene como quien los viste para que se comuniquen con la gente, ya sean niños o mayores.

Mi hermana y yo habíamos paseado mucho conociendo ciudades como Toledo, llena de historia y junto al hermoso río Tajo que después de atravesar España se derrama en Portugal, es decir, en el océano Atlántico que nos separa de Argentina; o como Segovia, donde hay

un acueducto que hicieron los romanos hace más de dos mil años y todavía lleva agua.

De modo que me sentía muy cansado y decidí dormir una pequeña siesta antes de sentarme ante la máquina de escribir a buscar en el abecedario el cuento para Andrés, que había quedado esperándolo allá, al otro lado del mar, en una ciudad serrana y cordobesa que se llama Cosquín.

Estaba por dormirme cuando oí que me hablaban al oído. Era una voz suave, que llegaba cansada, desde muy lejos, como si acabara de atravesar el océano que hay entre Cosquín y Madrid, unos 14.000 kilómetros nada menos.

—Pero de quién será esta voz que interrumpe mi descanso— dije fastidiado, tapándome hasta las orejas.

—No soy la voz de nadie— fue la respuesta—; soy el cuento que una vez le prometiste a tu sobrino, y he

venido para que me escribas.

Tras abrir grandes los ojos y restregármelos con ganas, comprobando así que no se trataba de un sueño sino de una voz real que llegaba a mis oídos como el ruido que hacen los caracoles vacíos, pese a mis dudas tuve que decirle:

—¿Y de dónde vienes, si se puede saber?

—Sería largo de contar— dijo el cuento—. Vengo de Cosquín, donde Andrés deseó que yo existiera, es decir, que tú me escribieras.

—Qué raro, dices que eres argentino pero hablas de tú.

—Simplemente trato de adaptarme; pero si me escuchas bien, tengo tonada cordobesa. En principio debí haber viajado con la abuela Blanca. Ya sé que para ti no es abuela sino hermana; pero como a mí me deseó su nieto Andrés, yo también la considero abuela.

—Lo del acento cordobés es verdad— admití—; sobre el paren-

tesco, tengo mis dudas sin embar- go.

—Te decía que debí viajar con ella —siguió hablando a mi oído—, pero como te darás cuenta, no existen pasajes en avión para los cuentos, y mucho menos para uno que todavía no ha sido escrito. Así que me vine como pude, y aquí estoy. Y ahora que te he explicado todo, ¿podrías empezar a escribirme? Tengo prisa, ¿sabes? La abuela Blanca regresa mañana y todavía no has escrito ni siquiera el título.

—Vayamos por parte —le dije amistosamente, casi dispuesto a considerarlo como de la familia, siempre que pudiera demostrármelo, claro—. No entiendo qué es eso de "me vine como pude". Necesito, para estar seguro de que no mientes, que me digas cómo es Cosquín y luego cómo hiciste para llegar hasta aquí.

—De Cosquín te diré lo que recuerdo, porque en un viaje tan largo casi me he olvidado de todo. Es una ciudad hermosa, en el departamento Punilla de la provincia de Córdoba, con unos treinta mil habitantes (no me pidas precisiones, los números no son mi fuerte), y sus ríos y arroyos están llenos de mojarritas. Tiene una plaza del Folklore, un balneario, un cerro que se llama "Pan de Azúcar", y un montón de vidrieras con muchas cosas y cositas. Pero principalmente allí vive ese niño que deseando que yo existiera me ha dado la posibilidad de que tú me escribas. ¿No podríamos empezar ya?

—No —le dije secamente—; sigue explicando, por favor, y dime qué significa eso de "vidrieras".

—Vidriera —dijo el cuento de Andrés— es el nombre que en Argentina tienen los escaparates. Lo sé porque al vivir entre letras, puedo enterarme de todo.

—Está bien. Ahora explícame cómo llegaste aquí.

—En palabras, que es el único vehículo capaz de aceptar a un cuento como yo, que ni siquiera ha sido escrito todavía.

—¿Palabras? Eso sí que está bueno —dije irónicamente—. Las palabras no son vehículos, no tienen alas ni ruedas, que yo sepa.

—Perdóname —dijo el cuento alzando un poco la voz, lo cual me dio comecón dentro de la oreja y tuve que rascarme—, pero me parece que te equivocas. Las palabras están formadas por sonidos, y como todo el mundo sabe (menos tú, parece), el sonido se desplaza, en el aire en reposo y con una temperatura de 10 grados, a una velocidad de unos 350 metros por segundo (dejo que tú mismo hagas las multiplicaciones necesarias para saber a cuántos kilómetros por hora corresponde). Pero eso es en el aire. Digamos que yo vine por mar. Y en el agua, respetable tío abuelo, mi velocidad es

cuatro veces superior. En realidad, llegué a España mucho antes que la abuela Blanca. Mientras esperaba que ella llegara, me distraje escuchando palabras nuevas, es decir, sonidos como yo. Y viendo cómo eran los cuentos por aquí. Y ahora te pediría, si no te importa, que me escribas por fin, "tío" Daniel.

—Está bien —le contesté—. Dime cómo quieres ser. Aunque, te advierto, todo esto que me dices me parece un puro cuento, quiero decir que tú me estás contando un cuento a mí.

—Es para que no te duermas y me escribas de una vez —dijo con una voz que ya me resultaba familiar—. No quiero parecer ni muy largo ni muy corto. Quisiera ser una historia simple y hermosa; me gustaría, sobre todo, ser verdad, que es la máxima aspiración que tenemos los cuentos.

—Perdóname —le dije—; pero es la primera vez que un cuento que voy a escribir me habla tanto. Generalmente se quedan calladitos a mi lado, esperando que yo los ponga en palabras. O en sonidos, como tú dices.

—Bueno —dijo hablando ahora muy bajito—, yo no sabía, y como vengo desde tan lejos y todavía tengo que volver a Cosquín...

—Está bien. Dime si quieres un desarrollo lleno de "suspenso", y si te gustaría un final sorpresivo.

—Mira, yo no lo sé muy bien —respondió—; es la primera vez que voy a ser un cuento. Pero, ¿sabes lo que te digo? Yo creo que con todo lo que hemos conversado mientras la abuela Blanca prepara las valijas llenas de regalos y paquetitos, ya me siento cuento, me parece que me he hecho solo antes de que me escribas. Ahora lo único que necesito es llegar cuanto antes para que me lea

Andrés, porque él al desearme hizo posible mi existencia, y ya siento que soy; podrías titularme algo así como *El cuento que se contó solo*, que me parece un título precioso, sé que a él le gustará. Y para no hacerte quedar tan mal, le diré que me ayudaste mucho, eligiendo palabras muy bonitas.

—Muchas gracias —dije cortésmente—. ¿Volverás por aire o por mar?

—Mira, Daniel (perdóname que te trate tan familiarmente, pero bueno, ya somos amigos): volveré por aire, pero con tu hermana. Sólo tienes que pasarme a las palabras escritas, meterme dentro de un sobre que diga "para Andrés" y entregárselo para que ella me guarde en su valija, que será como mi avión particular. Cuando vine en forma de sonido, rozando el agua del mar, pasé mucho pero mucho frío. Ahora, abrigado por palabras y dentro de la valija de la abuela, el viaje será más agradable. ¿Deseas enviarme por mi intermedio algún mensaje a tu sobrino?

—Bueno, dile que hice todo lo posible, y que al fin de cuentas, si no pude escribirte directamente, por lo menos puse los dedos en las teclas de la máquina ayudándote a conseguir tu forma.

—Lo haré —dijo débilmente cuando, al entrar por fin en las palabras escritas, perdió el último hilo de su voz. De ahora en adelante nunca más hablaría, sólo podría escucharse en la voz de los que lo leyeran.

Fue como su adiós. Y no tuve más remedio que ponerme un poquito triste cuando lo vi entrar en el sobre que lo llevaría a la Argentina atravesando, dentro de una valija azul, la inmensidad también azul del océano Atlántico. ○

